

EL MOTÍN

Año XXXV.

Madrid, Jueves 5 Agosto 1915.

Número 31.

SANSÓN

Ya tienen á Sansón encadenado
por el engaño y la traición los neos,
(entonces los llamaban filisteos),
y lo creen para siempre aniquilado.

Al templo en son de mofa es arrastrado,
derribanlo sus brazos gigantes,
y ve al morir cumplidos sus deseos
vengándose de quienes lo han burlado.

De igual manera tú, Pueblo querido,
aplastarás á cuantos te han vendido,
aunque sin fuerzas hoy te consideren.

Mas sin morir con ellos confundido:
¡los pueblos al vengarse nunca mueren,
porque hasta aquel instante no han vivido!

José Nakens

Reputación usurpada

He tenido y tengo fama de decir todo lo que siento en política. Y no es verdad. Podré ser más franco que algunos, pero no todo lo que debiera.

Estoy hace tiempo convencido de que, al extremo que han llegado las cosas, y no variando en todo, absolutamente en todo, no podemos intentar nada con probabilidades de éxito, y, sin embargo, lo vengo callando. ¿Por qué? Por temor á que el desaliento acabe de apoderarse del ánimo de los que tienen el mismo convencimiento que yo.

Muchas veces he estado con la pluma en la mano para decir algo de lo que voy á apuntar hoy (nada más que apuntar), y me ha bastado oír á un entusiasta ó leer un artículo rebozante de esperanzas, para soltarla sin esgrimirla. Hubiera creído un crimen desvanecer aquellas ilusiones, de las que volvía yo mismo á participar por unos días.

«Debo esperar algún tiempo más, me decía. A lo mejor puede surgir algún acontecimiento imprevisto, que varíe la faz del republicanismo.» Y aguardaba otros tres ó cuatro meses.

Pero por fin volvía á descorazonarme, al ver que los males generadores de nuestra impotencia, no sólo no disminuían, sino que aumentaban. Y vuelta á coger la pluma con aquel propósito, y vuelta á soltarla.

Y así venía hace tiempo, tratando de convencerme de que el único que no tenía razón era yo. Y así hubiera continuado, á no abrir *España Nueva* del miércoles último, y leer lo siguiente:

“DOCUMENTO HISTÓRICO

¡Y van seis años!

He aquí el Manifiesto que hoy hace seis años lanzaron al país varios diputados republicanos españoles, con motivo de los sucesos de Barcelona y del desastre del Barranco del Lobo.

El Gobierno de Maura, que prohibió

con severas penas la circulación del referido Manifiesto, persiguió cruelmente á *España Nueva*, único periódico que lo hizo público, recogiendo las ediciones y procesando al director.

Decía así:

La inaudita gravedad de la situación creada por la política reaccionaria y clerical en vigor nos mueve á mantener, hoy más que nunca, ante el país dolorido y angustiado, la integridad de nuestras ideas. Obedientes á ellas y á nuestro acendrado patriotismo, hemos adoptado los siguientes acuerdos:

1.º Entendiendo que el presente desastre nacional arranca y ha sido ocasionado por las instituciones fundamentales del país, los reunidos estiman urgente é indeclinable el cambio de régimen en España.

Para ello juzgan buenos cuantos medios lícitos puedan arbitrase.

2.º Si este anhelo vivísimo y justificado no puede tener inmediata efectividad, los reunidos declaran que juzgan incompatible con los supremos intereses de la Patria la continuación por un sólo día más del Gobierno del Sr. Maura.

3.º Asimismo estiman indispensable celebrar, si puede ser mañana mismo, un gran mitin y manifestación pública para pedir la inmediata reunión de Cortes y la caída del actual Gobierno.

4.º Si nuestras solicitudes fueran desatendidas, apelaremos á la conciencia pública inmediatamente, convocando en Madrid una reunión á la que asistan los concejales republicanos de todo el país, como legítimos mandatarios de la opinión republicana, constituyéndonos en Asamblea nacional.

5.º Probada con los hechos la impopularidad de la guerra y la imprevisión con que á ella son conducidos los soldados de la Patria, depositarios de la honra nacional, los reunidos juzgan necesario llegar cuanto antes, sin mengua del honor de España y del decoro de nuestro valiente Ejército, al término de esta campaña.

Y como consecuencia de las anteriores conclusiones, los reunidos resuelven publicar este Manifiesto, para dar á conocer al país los anteriores acuerdos.

Madrid, 27 de Julio de 1909.

Benito Pérez Galdós, diputado por Madrid; Tomás Romero, diputado por Alcazar de San Juan; Julián Nogués, diputado por Reus (Tarragona); Aniceto Llorente, diputado por Vitoria; Rodrigo Soriano, diputado por Valencia; Julio Cervera, diputado por Valencia; Félix Azzaí, diputado por Valencia.»

España Nueva dice «que el Manifiesto parece haber sido escrito hoy, porque las circunstancias son las mismas de 1909, y que debe ser reavivado, para que nos sirva de bandera en las luchas que fatalmente se aproximan.»

Disiento de la opinión del valiente colega, por varias razones:

1.^a Por la mala sombra que ha tenido ese Manifiesto. De los firmantes de él, uno ha muerto, dos se han ido á la monarquía, otro está desterrado, uno es concejal y los dos restantes continúan siendo diputados.

2.^a Porque los Manifiestos no sirven para nada, cual lo prueba el que á los seis años de publicado ese, estamos peor que estábamos. Tres republicanos por Valencia lo firmaron y hoy sólo podría firmarlo uno.

Y 3.^a Porque si la Conjunción, que se constituyó pocos días después haciendo suyas las conclusiones de ese Manifiesto, no ha conseguido en seis años que la situación varíe ¿para qué seguir aplicando un remedio que no ha mejorado al enfermo, y en cambio ha contagiado al mismo médico, puesto que la Conjunción está hoy mermada, y dividida y subdividida de un modo, que se necesita muy buena voluntad para creer que existe fuera de los períodos electorales?

Creo, por lo tanto, querido colega, dicho sea con todos los respetos debidos á la buena intención, que ese Manifiesto está ya muy rancio. Sin que por esto crea yo que uno recién confeccionado produjera mejor resultado.

Los republicanos que no piensan en ser concejales, diputados, ni jefes ni vocales de nada, están ya cansados de manifiestos, de discursos, y de mítines, y dicen con *Hamlet*: «¡Palabras, palabras y palabras!»

Y tienen razón que les sobra.

Si á los seis años de lanzar ese Manifiesto revolucionario, y de haber tenido en las Cortes minorías de treinta y tantos diputados, confiesan los mismos que lo firmaron que *estamos como entonces*, ¿qué caso va á hacer el Pueblo de los manifiestos que en adelante se publiquen, ni qué interés tendrá en elegir diputados que no pueden siquiera romper el *statu quo* reaccionario?

Antiguamente se decía: «El silencio de los pueblos, es la lección de los reyes».

El día que pueda decirse: «La indiferencia de las masas republicanas es la muerte de quienes las han enervado, podremos confiar en la resurrección del partido republicano».

Por ese camino van ya ellas. No se paren ni retrocedan, y el partido *volverá á ser*.

Hablar por hablar

Aunque no entiendo una palabra de leyes (y quizás por esto figure como abogado en el Anuario de Bailly-Bailliére), me parece haber oído que los adúlteros quedan eximidos de toda pena, si logran probar que el cabrito los perdonó alguna vez, ó tran-

sigió con su deshonra, ó puso precio á sus protuberancias. Acaso no exista ese artículo en el Código Penal; pero debería existir.

Como debería existir otro, que prohibiese en absoluto á los políticos quejarse de las arbitrariedades de que á tiempo no protestaron, ó que consintieron, ó que alentaron por conveniencia ó cobardía.

De este modo no nos molestarían ahora con sus gritos los diputados republicanos que se quejan de que el Gobierno les impide decir en los mítines lo que pudieron con toda libertad haber dicho á voces en el Congreso.

Con motivo del silencio á que la arbitrariedad de este risible Gobierno de tiranuelos de opereta les obliga á guardar, algunos republicanos amenazan ahora con la revolución.

Y al oírlos (no se rían ustedes) antójase me que aún no se han amortiguado del todo en mis venas los hervores de la sangre moza, pues se me encandilan mis ya casi mortecinos ojos, y hasta siento en mi casi ya fosil corazón palpitaciones aceleradas; mas ¡ay! que al pensar luego en cómo estamos, instantáneamente vuelve á ponerse mi sangre tibia, á nublarse de nuevo mis ojos, y torna mi corazón á su quietud suicida.

Pero variaré de estilo, pues el asunto es demasiado serio.

¡Hablar de revolución nosotros, estando desunidos, sin cohesión moral siquiera, odiándonos, sin contar con el apoyo de la opinión, sin dinero y sin un fusil! ¡Lo que se reirán los monárquicos al oírlo!

O quienes lo dicen se dejan llevar por un buen deseo, ó no reparan en la realidad cegados por la retórica, ó á sabiendas dicen lo que no sienten.

Estando unidos, acaso pudiéramos suplir la falta de medios materiales con la fuerza poderosa, incontestable á veces, del entusiasmo y la confianza mutua. ¿Pero cada uno por su lado, y recelando unos de otros? No encuentro palabras bastante duras para calificar esta ligereza.

La revolución se hará, sí, algún día, porque es necesaria para acabar con la inmoralidad que va convirtiendo á España en lo que decía Jesús que era el templo: una cueva de ladrones. Pero no se hará porque lo ordene éste ó aquél, pues nadie le seguiría; surgirá sin preparación, sin mandato; espontáneamente, como el conato de 1909; sin dirección, sin jefes, sin programa; á salga lo que saliere; ciega, brutal, vengativa, inexorable, y poniendo la injusticia al servicio de la justicia... Y si no fuera así, yo, que me he pasado la vida soñando con un cambio de régimen, yo no desearía que viniese la República, porque no remediaría nada y prolongaría el mal.

El enfermo, España, no tiene que esperar ya su salvación de los médicos, sino de los cirujanos, y cirujanos de mano tan hábil como dura.

Las masas van aprendiendo á fuerza de desengaños á no dejarse arrastrar por quienes han explotado en provecho propio su buena fe, y comienzan ya en muchas poblaciones á abstenerse de acudir á los mítines, hartas de oír frases revolucionarias terribles, que suelen traducirse más tarde en actas de concejal ó diputado.

En las próximas elecciones, que serán allá para Noviembre, se verá lo que ha aprendido el pueblo republicano de un par de años acá.

Tiempo al tiempo.

Los aniversarios

En pocos días hemos conmemorado los republicanos estos tres:

Toma de la Bastilla en 1789.

Promulgación de la ley de Mendizábal de 29 de Julio de 1837.

Y la Semana Trágica, Gloriosa ó Santa (que con los tres nombres se la conoce), de 1909 en Barcelona.

De lo que no nos hemos ocupado, es de trabajar un poco para ponernos en condiciones de hacer algo que permitiese á los republicanos del mañana conmemorar la fecha en que les trajimos la República.

Verdad es que esto no corre gran prisa. Gozamos actualmente de todas las libertades, menos las de reunirnos, manifestarnos y expresar nuestras ideas de palabra ó por escrito: una insignificancia.

Fuera de esas, ninguna otra nos falta: ni siquiera la de morirnos de hambre ó de asco. Y siendo así, ¿qué prisa nos corre traer la República? Calma, calma, que no se ganó Zamora en una hora, y comparados con la eternidad, los cuarenta y un años que llevamos pensando en traerla, representan menos de una hora.

Esto de los aniversarios me ha hecho caer en la cuenta del gran parecido que tenemos los republicanos con los aristócratas.

Ellos se envanecen de lo que hicieron sus antepasados, sin preocuparse de añadir ni una uña al león rapante ni una pluma siquiera al águila real de su glorioso escudo.

Nosotros celebramos las hazañas de los que conquistaron las libertades que hoy nos suprimen á su capricho los gobiernos, sin que nos cuidemos de imitarlos; pues aun cuando algunas veces se nos ocurre, aplazamos siempre la ejecución para cuando estemos preparados.

Pero como no nos preparamos nunca, resulta que el plazo se prolonga indefinidamente, y que hoy unos, mañana otros, vamos desapareciendo los que, aun conservando todavía la

fe, sospechamos que está cercano el día en que comenzaremos á perder del todo la esperanza.

Cuando me entrego á estas mansurbaciones cursi-filosóficas, se me ocurren ideas un tanto extravagantes.

Ahora me asalta la de que esto de los aniversarios tiene algún parecido también con el día de difuntos entre los católicos.

Enfrascados en sus negocios, dominados por sus pasiones, ó desmemoriados por sus vicios, no dedican en todo el año ni un recuerdo á sus muertos.

Pero llega el 2 de Noviembre, y eche usted coronas, misas y rezos, adornados con alguna que otra lagrimita de esas que mueren donde nacen: en los ojos.

Acaba el día, y si te he visto no me acuerdo, difunto querido.

Y hasta el año próximo.

Así nosotros: á los postres de un banquete ensalzamos la heroicidad de los que tomaron la Bastilla, y nos sentimos confortados para sobrellevar con resignación cristiana los atropellos de los gobiernos, los desfueros del clericalismo, los robos de los panaderos y hasta el dolor intenso que nos acomete cuando sufre una nueva cogida Belmonte.

Y hasta otro aniversario.

Por cierto que, al enterarme de que algunos de mis queridos correligionarios habían celebrado con un banquete la toma de la Bastilla, pensé en lo mal educado que estaba el Pueblo el siglo XVIII. Al decirle los suizos de la realza por la boca de sus cañones: «no entraréis aquí», se lanzaron hacia ellos al grito de «¡adelante!»

Al Pueblo de hoy le hubiera bastado que un polizonte le dijera «¡atrás!» blandiendo un bastón ó disponiéndose á sacar un serrucho, para que se detuviera cortésmente.

Hay que reconocerlo con toda imparcialidad. El Pueblo está hoy mejor educado que en 1789. La ley del progreso es ineludible y se cumple en todo, pese á los que lo niegan.

Y como una idea trae otra, tras de la anterior asoma ésta:

Orgullosa, y con razón, se manifestó el Pueblo francés de la toma de la Bastilla: de ella arrancó su redención política. Pero si llega á sospechar que la sangre vertida aquel día, serviría á los 126 años de pretexto para que varios republicanos españoles, que siempre se estaban peleando, fraternizaran ante unas rajas de salchichón y unas tajadas de merluza, entonces su orgullo se centuplica. Y quien sabe si no hubiesen creído que su acto, aunque heroico, no merecía que la posteridad le otorgase honor tan alto.

¿Que quienes, se? sacrifican por los

demás, merecen ser honrados y enaltecidos? Si; imitándolos.

¿Que al ofrecerlos á la admiración de los demás pueden despertarse nobles emulaciones? Indudablemente; pero debe ser á plazo muy largo; diez ó doce siglos. Que á los 126 años no se logra, de esto podemos los españoles presentar este año pruebas inconcusas. La única emulación que ha despertado la toma de la Bastilla, ha sido la de charlar los más, y mover las quijadas unos cuantos.

JOSÉ NAKENS

DEL JESUITISMO

AFILANDO EL SABLE

De suponer es que el Gobierno, tan amigo del jesuitismo y su consocio político, seguirá con atención los movimientos y manejos de la Compañía, sobre todo en lo concerniente á cosas que puedan afectar á la tranquilidad pública y al vigente culto idolátrico de la diosa neutralidad.

Por lo mismo que se hallará enterado, debe suponerse que Dato está de acuerdo con los ignacianos en estos manejos, toda vez que nada hace para estorbarlos, cosa tan hacedera desde el Poder, ante quien los jesuitas se postran humildicos como ratoncillos.

Por esto, y por lo otro, y por lo de más allá, y para que el pueblo español vaya puntualizando sus ideas sobre los responsables de lo que pueda ocurrir, debe señalarse á la atención pública la agitación febril que parece acometer á la Compañía, y cuyas convulsiones han transmitido al público con los relatos de las excitaciones guerreras habidas en Pastrana y Bilbao en la fiesta de Ignacio. Realmente están como pez en el agua, en Europa y en este año, los devotos del santo que tuvo por lema: *¡A sangre y á fuego!*

Si ahora viviera San Ignacio, con cuñado como era del proveedor general de las galeras imperiales, y tío del que luego fué espía mayor del reino; él, que tan bien sabía pegarse á los almirantes Doria, Cardona y Henríquez, á los generales Farnesio, Borja y Zúñiga; á los diplomáticos Gritti, Rincón y Silva; él, que tanta agilidad tenía para el cruce de fronteras y tanta habilidad para sumergirse; cuánto habría de gozar en estos tiempos de naves aéreas y submarinas, de telegrafía sin hilos y de minas subterráneas!

Nunca hubo más sangre ni más fuego. Ningún año como este puede llamarse *jesuita*.

El kaiser, reencarnando á Carlos V; soñando los jesuitas hallar en el Kronprinz á su alumno Felipe II; apreciando Alemania como un Estado montado según la traza jesuitica, con su ley fundamental *el fin justifica los*

medios, con su disciplina social *«pe-zinde ac cadaver»*; con su estrategia «hay que aprender del diablo las artes para triunfar»; con su escepticismo teológico que lo mismo santifica y se alía con Mahoma que con las idolatrías indias; judía con los judíos, musulmana con los musulmanes, católica con los católicos, protestanta con los protestantes; y luego, el soborno y el espionaje...

¡He aquí el reino jesuitico, el verdadero imperio ignaciano, con sus morteros, gases, torpedos, y bombas y preparando el *accue toffana!*...

Justo es, pues, que la Compañía se endomingue y eche á vuelo sus campanas. Ha llegado su Era.

Y en España, ¿qué hará la Compañía? ¿Cómo celebrará el centenario de su reposición? ¿Cómo tomará venganza de la Monarquía que recabó su supresión y anatema? ¿Cómo vengará el destierro perpetuo que sufrió de los dominios españoles su fundador? ¿Cómo, sino con un magnífico estallido de su lema *¡a sangre y á fuego!*

Preparémonos al divino espectáculo. En Pastrana, y en Bilbao, horno donde se forjan las armas y se ensayan los explosivos, han salido ya los chispazos.

Renace la época loyolana: aquella del siglo XVI en que iba á hundirse para siempre la Edad Media y á nacer la Edad Moderna; aquella de un Carlos V, á cuyo trono sirvieron de pies Alemania, Austria, España y Bélgica, cuyos ejércitos luchaban al mismo tiempo en Oriente y en Occidente, al Sur y al Norte, y cuyos políticos proyectaban la conquista de Italia, de Francia y de Inglaterra.

Intrépidos hijos—que es decir—del terrible y sorprendente Ignacio: llegó vuestra hora, aprovechadla: *¡A sangre y á fuego!*

Declaráos imperialistas, como vuestro patriarca, y promulgad, en España siquiera, el establecimiento del *Imperio jesuita*. ¡Cadáver todo el mundo! Sólo vosotros tenéis derecho á vivir... la vida tenebrosa del jesuitismo.

S. PEY ORDEIX

Cine clerical

Era de justicia

I

—Dígame usted todo, todo... Sin omitir detalle.

—¡Ay, padre! Es tan violento para una mujer hablar de ciertas cosas...

—Aquí no nos oye más que Dios... Ya sabe usted que los sacerdotes somos sus representantes... Además, que tenemos obligación sagrada de guardar el más inviolable secreto de todo cuanto se nos confía. De modo,

que dice usted que ni siquiera el día de la boda...

—Ni siquiera ese día. Yo me casé locamente enamorada de él, porque le advierto á usted que es todo un real mozo, fuerte, sano, elegante, en fin, con todas las de la ley, pero... nada.

—Cuénteme usted lo que pasó aquella noche.

—¡Oh! Pronto está contado: nos acostamos, me habló de cien mil tonterías, y se quedó dormido.

—¿Y no hubo ninguna insinuación, alguna caricia, algo, en fin?

—Nada, nada; así continuamos las demás noches, y así llevo un año. Yo, padre, confieso mi debilidad, soy impetuosa, apasionada, ardiente, y, en fin, creo que para algo se ha hecho el matrimonio; cuando estoy á su lado paso un verdadero martirio... No he tenido valor para decir una palabra á mis padres; sólo usted está enterado de esto. Y en lo demás no tengo el más mínimo motivo de queja; mimada, con independencia, joyas, vestidos, todo cuanto quiero y ambiciono; no habrá en el mundo otro hombre más complaciente y generoso.

—¿Será acaso que no...? ¿Que faltará...?

—Ya le comprendo; no, no hay todo lo que debe haber... Le atibé un día, cuando tomaba el baño... Y mi dichoso primo, como le he dicho, parece que ha olfateado la cosa; me persigue, me agobia, me mira con ojos de fuego, no me deja un momento tranquila... Hay ratos que me siento desfallecer á su lado, me faltan las fuerzas, invoco á la Santísima Virgen, á San José bendito... Padre, ¿es justo, puede la Iglesia condenar á una mujer inocente á tal calvario para toda su vida? El lazo santo, ¿puede imponer martirio tan horrendo? ¿Qué haría usted en mi lugar?...
—¿Yo?... Pues, lucharía, rezaría... Me acordaría de mis deberes, de mi fe, de la ley de Dios.

—Eso no resuelve el conflicto: lo sé.

—Tenga usted esperanza; quizás esto sea transitorio... Consultaré el caso de usted... Buscaré en autores respetables una solución... Tiene que haberla... Sí, sí: espere, y vuelva la semana que viene.

II

—¿Qué hay de nuevo?

—Lo inevitable, padre: lo que tenía que suceder. Ayer mismo, era al oscurecer, yo estaba tocando el piano, y de repente mi primo se abalanzó á mí: no pude, mejor dicho, no quise resistir, y aquel torrente impetuoso tanto tiempo contenido se desbordó... Y lo peor es que no siento vergüenza ni arrepentimiento de ello...

—¿Era de justicia!

—¿Qué dice usted, padre?

—Que rece usted un [septenario á

la Virgen de los Dolores en penitencia y que... procure no reincidir.

FRAY GERUNDIO

La lámina de hoy

Simil de Santo Tomás al explicar el misterio de la Trinidad:

«Como un árbol de tres ramas iguales no es más que un árbol, así en Dios son las tres personas en una sola esencia.»

Un cura de aldea, parodiando á su manera el simil, para hacer comprensible el misterio á unos campesinos, les dice:

«¿Véis este instrumento con tres puntas y que forman sólo una pieza? Pues así es el misterio de la Santísima Trinidad: tres personas distintas y un sólo Dios verdadero.»

La fe halla siempre imágenes sencillas para explicar lo incomprensible á la débil razón humana.

Amores odiosos

“¡La caridad nunca fenecerá!”

«Así me aspen» es frase popular castiza. Eso vienen á decir los clericales adictos á la siempre augusta Germania. «¡Nuestro germanismo está por encima de todo! ¿Que los ejércitos germanos—según dicen—arrasan catedrales, violan monjas, (1) fusilan presbíteros, prenden obispos, profanan con cultos heréticos los templos católicos, funden en cañones las campanas, en moneda los cálices, devastan relicarios y sepulcros de santos? ¡Nuestro germanismo no duda ni vacila. ¡Adelante!»

«¿Que en Polonia—según dicen—han sido fusiladas en montón las linajudas y católicas damas equivalentes á las que acá, en la Zarzuela aplaudieron á Mella? Bueno va. ¡Viva Germania! Por meterse á farolear fueron fusiladas».

«¿Que los turcos pasan á degüello á los cristianos armenios y expulsan de Tierra Santa á los frailes?—Ahí nos las den todas. Germania ante todo».

Todavía veremos el bombardeo de Jerusalén y del Santo Sepulcro; veremos caer los obuses en el Vaticano y en los sepulcros de San Pedro y San Pablo: veremos lo nunca visto. Lo que nuestros ojos no verán será á los clericales rectificarse, arrepentirse y enmendarse.

Pues, entre las mil notas escandalosas de tal escándalo, ha venido últimamente el dado con ocasión de Madame Carton de Wiart, esposa del ministro de Justicia de la Católica Bélgica: como si dijéramos, la mar-

quesa de Vadillo, la de Ugarte ó la de cuantos acá fueron secretarios del Rey Católico en las cosas de Justicia.

La dama fué arrancada de su familia, internada en Alemania, procesada y condenada. El Papa—decían—hizo gestiones para lograr su indulto y libertad. La Prensa clerical publicó y jaleó el éxito de las gestiones como un gran triunfo del Pontificado. El gozo les fué aguado con la noticia del fracaso completo de la gestión papal.

Mas, necesitando hinchar el perro del triunfo pontificio, la Prensa clerical dióse á divagar sobre los horrendos crímenes (*sic*) que debía haber cometido la dama para merecer la justa condenación terrible (*sic*) de la justicia alemana. Sólo así, siendo terrible la sentencia y horrendo el crimen, resulta horrendo y terrible y augusto el triunfo pontificio... trocado luego en fracaso.

En tales relatos, ni una palabra en defensa de la señora, ni una censura á la política alemana, ni una nota en favor del patriotismo, ni un aplauso á la labor religiosa-social de la ministra, que en Bélgica viene á ser lo que en España son la María Echarri, la Tolrá y la Unzá del Valle en una pieza.

Ciegos, fanáticos, locos hasta el idiotismo y la furia, nuestros clericales sólo ven el objeto de su odio: sólo sienten el impulso del odio: odio infinito... odio indestructible... odio que sólo la mitología supo simbolizar debidamente llamándole «odio satánico». Porque su amor á Alemania sólo es odio á los otros.

Su odio nunca fenecerá. Alemania es considerada como instrumento circunstancial de su odio. Por esto que odian satánicamente á Francia, aman satánicamente á Alemania. Que también Satanás ama á su modo.

R. MAYOL

LO DE ROMAGUERA

A la Iglesia, todo;
al Estado, nada

¿COMEDIA Ó REALIDAD?

En el testamento del difunto millonario Romaguera, según las noticias que de él da la Prensa, se pone de manifiesto esta máxima clerical: «arrebatar á todo el mundo, para colmar á la Iglesia; á todo el mundo, incluso al Estado... católico».

Otra cosa no menos curiosa parece demostrarse. Y es que en la hora del reparto de la hacienda entre la viuda, los obispos y los jesuitas, han surgido sus diferencias, llevadas á los Tribunales que habrán de concordar con la estaca de la ley á los discordes partícipes.

Andando de por medio los jesuitas, es de temer que el pleito sea una de sus habituales ficciones, echándose

(1) La prensa rusa ha publicado entre otros el caso de una hija de la caridad forzada sucesivamente á un oficial y sus catorce soldados.



La explicación en la página cuatro.

mano de la viuda, no menos ajesuitada que el marido, para litigar aparentemente con los obispos, y realmente con el Estado, el puñado de miles de duros que importa el impuesto nacional de transmisión de bienes.

Porque, leyendo lo que del testamento publicó la Prensa, los obispos de Madrid, Barcelona y Buenos Aires, que en él figuran, aparecen como una especie de liquidadores y agentes para reducir á moneda volátil las fincas y créditos menos movibles, y entregárselos á la Compañía y frailes en centenes acuñados, fáciles de pasar la frontera y de ser enterrados en los misteriosos Bancos judío-jesuitas.

Con lo cual los loyolas evitan el enojo de andar en Registros públicos y en juicios oficiales (esto no cuadra á la pobreza profesional), y perciben limpia de polvo y de paja la codiciable herencia.

Dicho se está que no fueron necios los padres al buscar tales agentes testamentarios. Los obispos más influyentes de España y de la Argentina, aseguran la rápida tramitación y libran de muchos estorbos los caminos éstos.

Pues parece ser que, según las leyes nacionales, hay, además de la viuda y del jesuitismo, un tercer heredero forzoso, ó sea el Estado, que se llama á la parte del impuesto legal.

¿Pueden avenirse los jesuitas á soltar esos millonajes al Estado católico-apostólico-romano, y en alivio de las cargas del pueblo español? ¿Para eso vinieron ellos al mundo! Pues, siendo este impuesto considerado como una especie de hurto y fraude á la Compañía, es lógico tratar de impedirlo.

¿Cómo lograrlo? Sencillamente: haciendo pasar como argentino en España al difunto Romaguera, en cuya labor los obispos de Barcelona, Madrid y Buenos Aires, muy buenos amigos de magistrados y Gobiernos, podrán prestar un concurso no despreciable.

Esta empresa es asaz fea ante la nación española, que paga á obispos y jesuitas con gruesos sueldos y privilegios sus servicios celestiales. Se repite aquí lo ocurrido en las muertes de Verdaguer y de Mir con respecto á sus libros.

Allí se evitó la fealdad de la acción litigante, trayendo de testaferreros á las hermanas de los difuntos. Acá no hay una hermana, sino una viuda, perteneciente á ajesuitada familia de abolengo. La viuda es la que va á producir el pleito contra el Estado; los obispos le podrán hacer una discreta contradicción para evitar que el público murmure de ellos.

Después, pondrán cara mohina, al ver en favor del argentino la sentencia, que llevará á la viuda los millones que de otro modo irían al Estado; la viuda, católica, los cederá á los

obispos, y éstos, en cumplimiento de la última voluntad del testador (que es la primera y última voluntad de los jesuitas) llevarán al Instituto loyolense sus centenes flamantes.

¿Es esto un calendario, ó la solución de una charada? El tiempo lo dirá.

LOS JESUITAS «COADJUTORES»

Hemos presentado la charada y una de sus posibles soluciones. El público tiene derecho á juzgar por indicios aquellos hechos de transcendencia social y política cuyas pruebas transparentes le esconden los ignacianos. Romaguera fué un enigma jesuítico. Falta averiguar todavía si pertenecía ó no á la secta, y la categoría y calidad que en ella tuviese.

Su testamento es no menos enigmático, y enigmático es el drama judicial que ahora se anuncia.

¿Procede de acuerdo con los obispos y con los jesuitas la viuda, para descargar á éstos de la odiosidad del pleito contra el Estado y entregarles luego los provechos?

De los datos que de tal mujer se conocen, no se insinúa siquiera el menor desacuerdo con su marido, ni tampoco es de presumir en ella espíritu de oposición á la última voluntad del consorte. Mucho menos cabe suponer en una dama devota el valor espontáneo necesario para litigar con obispos y jesuitas, desafiando sus iras y los reproches de sus confesores.

Pues, si esto no puede calcularse, el litigio es un litigio. Romaguera, coadjutor de la Compañía, su viuda, heredera de la coadjutoría; los obispos, agentes ó coadjutores circunstanciales; ahora faltan los «coadjutores políticos» para representar el drama con todas las de la ley.

Ya hablaré en otra ocasión del patriotismo de los políticos que ayudan á los jesuitas á estafar millones al Estado, ya con su influencia, ya con sus servicios profesionales.

P. O.

EL ORIGEN DEL MAL

Varias veces me he puesto á pensar en el principal autor de los males que afligen á la Humanidad, y siempre he ido á parar al embaucador que inventó el alma.

Porque la existencia del alma impone la invención de otra vida; y la invención de otra vida, la necesidad de religiones; y éstas, la de sacerdotes acaparadores é improductivos.

Y al par que esto, la invención del alma representa la confusión en las ideas, los fanatismos, las intransigencias, las crueldades y, en último término, la guerra y la rémora á todo progreso.

Por esto yo mido por igual rasero al budista, que al hebreo, que al católico, que al mahometano, que al

protestante, que á todos los que me hablan de otra vida.

Podrá haber, comparados entre sí, quienes sean menos malos; pero juzgándolos con el criterio de la ciencia y de la razón, todos, absolutamente todos son iguales.

Alma en puerta, engaño y explotación á la vuelta.

El celibato fracasado en Filipinas

«Francisca Reyes falleció intestada el año 1898.

Al tiempo de su muerte tenía dos hijas legítimas y un hijo natural reconocido, habido con un sacerdote de la comunión católica apostólica romana.

Las dos primeras pretenden ser las únicas herederas de la difunta, dejando desheredado á su hermano, Vicente Atasio Enriquez.

Se promovió acción civil por las hermanas, y el Juzgado de Primera Instancia resolvió á favor del recurrido Enriquez.

Las promoventes apelaron de la sentencia á la Corte Suprema, la cual decidió el asunto, confirmando la sentencia del Inferior.

He aquí el *siyabus* de la decisión:

Matrimonio; impedimentos.—Ya no existen en esta jurisdicción impedimentos para el matrimonio ó causas para la nulidad del mismo, salvo los que se especifican y enumeran en la Orden General No. 68. De aquí que un sacerdote *in sacris* puede ahora contraer matrimonio válido.

Hijos naturales; su reconocimiento; pruebas contra la madre.—El hecho del nacimiento y la identidad del hijo basta para obligar á la madre á que lo reconozca como hijo natural.

Prueba sobre la condición jurídica de los padres al tiempo de la concepción.—En una acción entablada contra uno de los padres para exigir el reconocimiento no es necesario probar que tanto el padre como la madre tenían capacidad para contraer matrimonio válido al tiempo de la concepción del hijo. Basta probar que esto era cierto en cuanto al padre contra el cual se deduce la acción. La ley *presume* que era esa la condición del otro padre y por esto no se precisa prueba sobre la identidad del último. Es impertinente la prueba ofrecida para impugnar esta presunción.

En una acción entablada para impugnar el reconocimiento de un hijo natural, la presunción de que los padres ó alguno de ellos tenía capacidad para contraer matrimonio al tiempo de la concepción del hijo, es susceptible de impugnación, y admisible la prueba que tienda á demostrar la identidad y condición jurídica de los mismos en aquella época.

Se van civilizando en el Archipiélago.

“Los ciudadanos del mundo”

“Amor y odio á la guerra”

«El amor á la guerra y la constante preparación para ella, engendra en todo país dos partidos: uno, *en pro de la guerra*

rra, cuyo interés consiste en separar los pueblos por los nombres y obstáculos tradicionales, y en fortalecer los ejércitos de mar y tierra para que se encuentre pretexto á su existencia; el odio á la guerra ve en ésta la ruina y la miseria. Este último no tiene absolutamente interés alguno de fronteras ó posiciones estratégicas. La geografía militar de la nación le es indiferente. Pasa de un país á otro donde pueda encontrar medios de vida. Todo el mundo está abierto para él, y en todas partes es bien acogido sin que sea obstáculo el país de donde proceda. Es antimilitarista por instinto, con la conciencia de que el éxito de una guerra no implica un triunfo ó utilidad, y de que solamente en la paz se encuentra ocasión para la verdadera conquista. La guerra aun en las mejores circunstancias no puede dar resultados más provechosos que la paz. No por una matanza de hombres, sino por la educación de las facultades del corazón y del cerebro puede la humanidad alcanzar la perfección á cuya imagen fué creada.»

«El partido antiguerrero es mucho más numeroso que el guerrero, pero no está organizado, siéndole imposible contrarrestar la labor y la intriga de los partidarios de la guerra, cuyos esfuerzos se encaminan naturalmente á establecer su superioridad patriótica en su casa y fuera de ella.»

«Hasta que exista una organización en forma de poderosa asociación, formada por todos los enemigos de la guerra, éstos continuarán gimiendo en la paz bajo el peso de los armamentos, y en la guerra, sufriendo sus terribles y atormentadoras consecuencias.»

El progreso intelectual, moral y material está dificultado, pero no puede ser detenido por los obstáculos que la tradición y la inventiva de los hombres han establecido, los cuales dividen actualmente á los hombres. Esos obstáculos sólo sirven para empresas guerreras, y su razón de existencia y continuidad no puede ser defendida por ningún argumento racional.

«Shakespeare, Goethe, Rembrandt, Michael Angelo, Cervantes, Zivengli, Knox, Luther etc., etc., pertenecen á la Humanidad, pues sus glorias no son propias de la nación en que nacieron, sino de aquélla. En el Destino, Galileo, Newton, Walt, Stephenson, Edison, Cajal, Marconi etc., etc., fueron y son obreros en provecho de la humanidad entera, y, aun cuando lo hubieran querido, su poder no hubiera podido limitar su servicio á la nación en que nacieron. Al contrario, puede muy bien decirse: ¿Qué es en sí misma la cultura de una raza ó de un pueblo? Es solamente la cultura ó sabiduría de los antiguos en cada parte del mundo, tomada á préstamo (pero sin que se confiese) por los modernos y coloreada con algo de un nuevo pensar y de nuevos descubrimientos, presentándola como nueva al mundo inocente. «Griegos y bárbaros, sabios é ignorantes son mis acreedores», dijo San Pablo.»

«Acerca de la filosofía del terror y la opresión, una cínica y punzante expresión se encuentra en las frases siguientes: «Sobre todo debes hacer sentir sobre los habitantes de las poblaciones invadidas el máximo de sufrimientos para que, á fin de evitarlo, obliguen á sus Gobiernos á cesar la resistencia. Debes dejar á los habitantes, cuyas regiones cruces, solamente los ojos para llorar. En

toda ocasión el principio que guió á nuestros generales, fué: que la guerra debe hacerse cruel para la población civil á fin de que pida la paz», clara confesión de la potencia de la población civil como instrumento para proporcionar la paz, hecha por un gran genio militar. Pero el amor á la guerra y su filosofía del terror debe ser combatida y aniquilada por medios distintos de la guerra, por medio de una organización poderosa de los enemigos de la guerra en todas las naciones, en una palabra, por medio de «Los Ciudadanos del Mundo.»

«La personalidad»

«En los últimos años del siglo pasado y en los que van de éste, se ha evidenciado que un hombre no es superior por ser rey, emperador, presidente ó poseedor de gran fortuna, y que lo es por el grado de influencia de su persona é individualidad sobre los demás. Este siglo es realmente el de la personalidad é individualidad.»

Hoy hacemos constar que, en la vida, el éxito no depende del nombre.

El sentimiento de nacionalidad, aun cuando frecuentemente productor de muchos nobles, engendra desgraciadamente la envidia y el odio entre los pueblos; de tal modo lleva el horizonte del espíritu, que ensombrece todo más noble concepto.

Hoy, cuando se calcula bajo el punto de vista nacional, para ser «buen inglés», «buen francés», «buen alemán», ó sea «buen patriota» en general, se debe, si necesario es, estar dispuesto á matar ó á hacerse matar. Aun los más bajos instintos del hombre debieran repeler ese concepto tan estrecho y criminal.»

«Bajo la influencia de este sentimiento de «nacionalidad» los hombres olvidan que, antes que alemanes, britanos, etcétera, constituyen una familia con intereses comunes. En el oropel de este sentimiento de nacionalidad una ambiciosa y veleidosa oligarquía encuentra ocasión propicia para explotarlo con miras egoístas, y por alcanzarlas, no titubea esa oligarquía, si es necesario, en arrastrar á los pueblos en sangrientas é injustas guerras. Pero junto y enfrente de este sentimiento de nacionalidad, se debe colocar el hecho de ser iguales todos los hombres. Nuestro éxito es el resultado de nuestra personalidad, no de nuestra nacionalidad. Un hombre puede cambiar su nacionalidad, pero nunca puede despojarse de su personalidad. Vivimos y viviremos cada vez más en un siglo de la personalidad.»

Moderna bendición

No vayan á creer mis queridos lectores que lo que voy á exponer es alguna venganza ó encono hacia los clericales, no; pues confieso, con la mayor ingenuidad, que todavía existe en mi débil pensar la preocupación religiosa; pero esto no es óbice para que la verdad salga á relucir ante el vandálico hecho llevado á cabo por un sotana llamado D. Ricardo Suárez, párroco de Larín, en el Ayuntamiento de Arteijo.

Flora Lema, sobrina mía, casada con un tal «Gorecho», en la aldea de Centulla, dió á luz un niño el día 2 de los corrientes, y el 4, domingo, se personó el

padre de la criatura con objeto de que le bautizasen el niño.

En la puerta de la iglesia encontró al mencionado sacerdote, al que preguntó si bautizaría antes ó después de la misa, contestando éste si había pagado la oblata, á lo cual el citado «Gorecho», le dijo:

—Traigo cuatro pesetas para pagarla.

—Espera—dijo el sotana.

Y sacando el hisopo de bronce, le dió tan tremendo golpe en la cabeza, que el bendecido cayó derramando sangre, y desvanecido estuvo hasta que el Juzgado de Arteijo fué á levantarlo y se le hizo la primera cura.

Amotináronse los vecinos ó feligreses, quedando aquel día sin misa, porque el nuevo inventor de las bendiciones se había largado cantando bajito por la cristiana hazaña que acababa de consumir.

Lo acontecido fué expuesto á los directores de la Prensa diaria de esta ciudad, y ésta, cumpliendo fielmente su papel de defensora de todo bonete ó mitra de más ó menos influencia, se calló, viéndose en la precisión de recurrir á este decenario que tan amargas verdades dice.

Para ser más breve diré que ya entienden los Tribunales en el citado asunto, teniendo á estas horas conocimiento de ello la primera autoridad eclesiástica de la diócesis.

Innumerables serán los comentarios que harán los que esto lean; pero para que del hecho queden convencidos, el documento dirigido al señor arzobispo de Santiago va firmado por todos los feligreses, incluso el sacristán.

¡Qué delicia cuando lo sepa Nakens!

Ahora diré en pocas palabras lo que es el curita en cuestión. Este gran señor es un ferviente adorador de la bodega, la que tiene como altar mayor, y su locutorio está fijo en la taberna.

Ninguna cuestión pendiente había entre el herido y el sacerdote; no había más que el retraso de la oblata y la ofrenda de los huevos á la Iglesia.

¿No os parece que es buena forma de convertir á los feligreses por medio de tan cariñosa propaganda?

Hoy es necesario ir armado de un garrote para combatir los desafueros de estos energúmenos, que desde lejos parecen moscardones por su canto y cucarachas por su figura.

Yo, aparte de todo, apruebo la conducta de estos señores ministros de Dios, porque con su conducta hacen que más de cuatro pánfilos se convenzan de lo ineficaz de sus consejos. Ellos son los que demuestran que la Iglesia no tiene nada sano, máxime al estar dirigida por sapos inmundos y venenosos como el pincho de Larín, bendiciendo á la moderna.

MANUEL VARELA

La Voz del Obrero, (Coruña).

CIENCIA Y RELIGION Por Malvert

85 grabados.—Precio: 1 peseta.

Poesías festivas anticlericales

Cuatro tomos, á peseta cada uno.

La simonía

por
ROBERTO ROBERT

rá otro que escriba para el pueblo español?

¡Quiá! ¡Bonitos son mis compatriotas para esto!

Los enemigos de las glorias de España señalan varias épocas en que, según dicen, la simonía llegó á manchar también á la Iglesia, en nuestra patria, cosa que parece increíble.

No hace muchas horas que tenía yo en las manos la obra de un historiador que tratando de cuando el grande emperador Carlos V iba á venir para España, dice: «Al rumor de que en Flandes por el dinero se alcanzaba todo, corrían allá los pretendientes, y como en pública subasta se adjudicaban al mejor postor los destinos eclesiásticos, civiles y militares.»

Y no contento con esto, ese mismo historiador, haciendo el elogio del cardenal Cisneros, dice... «que avasalló á los nobles, que se anticipó á la reforma del clero, cuyas relajadas costumbres suscitaron poco después grande oposición á la Iglesia católica en muchos puntos de Europa.»

Pero sería el cuento de nunca acabar, si tratase, no digo ya de apurar la materia, sino sólo de reunir las principales acusaciones que el espíritu grosero de los hombres ha acumulado contra la simonía de los sacerdotes católicos.

Digámoslo de una vez: no hay periódico histórico en que la acusación no se encuentre repetida bajo una ú otra forma, desde los primeros siglos de la Iglesia, como si los católicos no hubiesen podido vivir si no desahogaban su ira contra los encargados de salvarles.

Todo ha servido de pretexto para censurarles. Un día por comprar los votos en las elecciones; otro día por si ponían tabernas y casas de préstamos; hoy por si hacían comedias en la Iglesia; mañana por si tenían más ó menos concubinas; el otro por si traficaban con falsas reliquias; pero entre todas las acusaciones la que más resalta es la que se refiere á la compra y venta de cosas sagradas.

Ahora que el lector benévolo puede haberse formado idea de lo que pueda haber de verdad en esas censuras, único objeto que me proponía, dejo el punto aquí mismo.

Sólo una cosa añadiré y es la siguiente: ¿se quejan los hombres de las granjerías de los curas? ¿Se que-

jan todavía? Pues por qué son necios en consentírselas.

¿No es verdad?

FIN

Los cruzados

¡Qué rebrillar de espadas y cascos y escudos con poéticos mote; qué de nombres ilustres, crudas batallas, sitios y asaltos, muchedumbres y naciones diversas, estruendo, cantos de victoria, campanas, cabezas cortadas y milagros se ven, se oyen, se imaginan al pensar en los cruzados, aunque sólo sea en globo, un momento!...

¡Oh los piadosos ejércitos! ¡Los bravos capitanes! ¡Godofredo! El Santo Sepulcro!

Canto a Parme pietoso e il capitano che il gran sepolcro liberó de Christo; dice el poeta:

¡Oh armas piadosas, que segásteis millones de existencias!

¡Oh caballeros los mis caballeros!

Unicas guerras justas, las guerras emprendidas con el santo objeto de propagar el Evangelio.

Por una parte el fiero musulmán amenazaba invadir á Europa.

Por otra parte, según dice el cronista de aquella época, Guiberto de Nogent, Dios inspiró la idea de las guerras santas, á fin de abrir á los hombres un nuevo camino de salvación.

Por otra parte, el Papa Silvestre oye decir á Jerusalem:

«He visto á los profetas, al Cristo y á los apóstoles: aquí padeció Dios y aquí resucitó. El profeta dijo que el sepulcro de Cristo sería glorioso, y hé aquí que los paganos destruyen los santos lugares. ¡Levántate, pues, oh caballero de Cristo! y pelea por el que es tu señor!»

Por todos estos motivos y otros muchos, sean los que fueren, los caballeros que se aburrían en sus castillos, los siervos adheridos á la tierra que tenían deseos de ver mundo, los que á cada período de guerra están dispuestos á empuñar las armas, toda Europa, en fin, se hizo cruzar y se fué á la guerra.

Los que en nuestros días se hacen zuavos ó turcos, miqueletes ó voluntarios de la libertad, á razón de seis reales diarios, eran entonces muy numerosos, y mataban más barato: hasta por amor de Dios.

No había clase media. Todo lo que hoy es clase media era plebe; pero plebe piadosa, morigerada, de altos sentimientos, poseída de un espíritu de dignidad elevadísimo.

Si los señores les desorejaban, les mutilaban, les quitaban la piel, les ahorcaban y les encetaban los dere-

chos conyugales, no era porque los plebeyos fuesen gente de bajos sentimientos, no; era porque la piedad cristiana y la resignación á las disposiciones del Altísimo les imponían el deber de vivir padeciendo en la tierra para gozar después en el cielo de la misma felicidad que aquellos que les cocían en calderas y les despeñaban vivos.

Y toda aquella piadosa muchedumbre, que no tenía casa en qué vivir, empuñó las armas para conquistar el sepulcro de Cristo.

No pudieron decir llegué, vi y vencí, como César; pero mejor para ellos, porque antes de llegar les sucedieron tantas cosas, que todavía hoy sigue el relato de ellas, sin contar las que no son para contadas.

En cuanto á ver, todos los historiadores convienen en que el resultado de las cruzadas no fué previsto ni visto por los que en ellas tomaron parte; porque Dios se proponía obtener de aquellas guerras algo que no convenia revelar á los que apaleaban por su sepulcro.

Con respecto á vencer ya fué otra cosa.

Venció la resignación á cada paliza que los infieles descargaron sobre los cristianos.

«¡Conque no es verdad, dijeron al fin, que Dios quiera la guerra santa!»

«¡Conque por lo que vemos no era cierto que los días del poder sarraceno estuviesen contados! ¡Antes parece que Dios mismo les ha defendido.»

Y hasta Austerlitz de Orlac llegó á decir:

«¡Caramba, también hizo mal Dios concediendo tanto poder á los turcos! Ya que Dios y Santa María quieren que seamos tan injustamente vencidos, casi con esto nos vienen á decir que dejemos su ley y adoremos á Mahoma.»

Pero como éste no hubo muchos, ni de él hay que hacer caso.

Era un poeta excesivamente sensible, impresionable, y un garrotazo ó una lanzada le conmovían como si fuera una señorita.

No le echemos tampoco á él toda la culpa; pues si cierto es, que como él hubo pocos, cierto es también que hubo varios.

Otro, también trovador como él, dijo:

«Los turcos han jurado convertir en mezquita la iglesia de Santa María. Pues bien: si Dios, á quien esas cosas deberían disgustar, lo consiente y no

(Continuará.)

TIP. «LA ITALICA» VELARDE, 12, MADRID